



PA2227
M55
56
V1

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

LA PRESENTE TRADUCCION ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MEMORIAS DE UNA CIEGA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
I "ALFONSO REYES"
CALLE 1825 MONTERREY, MEXICO

Ayer recibí del señor Walpole una carta que me ha hecho meditar toda la noche; porque soy como la liebre de la Fontaine en su cama: no pudiendo dormir en la mía, me paso en ella las horas meditando.

Como hay varios Walpoles conocidísimos en la sociedad, de un siglo á esta parte, precisa que puntualice aquí cuál es el mío. No es ni Roberto Walpole, primer conde de Oxford, ministro de Jorge I, ni Horacio Walpole, hermano de Roberto, embajador en los estados generales de Francia, sino Horacio Walpole, sobrino de este último, y tercer hijo del ministro, señor de Strawberry-Hill, mi mejor amigo y mi correspondiente más asiduo.

El señor Walpole me procuró, quizás un poco atropelladamente, según suele, el modo de vencer á mi enemigo capital, el tedio, el tedio que me roe y me acosa, pese á todos mis esfuerzos. Me indujo á escribir los recuerdos de mi vida; me dijo que he visto mucho, y que, por consecuencia, he de recordar mucho. Esto es verdad, pero mi triste persona me aburre de tal suerte á mí misma, que tal vez me aburrirá todavía más el hablar de mí.

Pondré en práctica la máxima cristiana para con el prójimo, y procuraré despellejarlo lo menos posible. ¡Pobre prójimo! siempre me ha parecido extremadamente singular, y en este punto me ha correspondido frecuentemente con creces.

Pues no cabe otro remedio, hablemos del prójimo. Sin embargo, no todos los prójimos se parecen; el prójimo de mi juventud tenía otro aspecto que el actual, otra condición, otras ideas; y si he de ser sincera, tengo para mí que desde aquel tiempo no ha mejorado. ¡Yo he perdido tanto! Pero ¿sería yo la única maltratada?

Ante todo, una pobre ciega como yo es bien digna de lástima; siempre ha de atenerse á los demás y desconfiar de todos, y esperar que constantemente le prepararán armadijos. ¿El picaruelo secretarillo á quien dicto, escribirá lo que yo le diré? Las niñas son traviesas, y jurara yo que ésta lo es grandemente, y muy capaz de hacerme dirigir á la posteridad, si la hay, una nube de impertinencias que yo firmaría, mientras el nombre verdadero de la que las había escrito permanecería desconocido. ¿Qué hacer? Estoy segura de que la tunantela se ríe al trazar estas líneas, fruto de mi mal humor. ¡Ay! ¡se ríe con tanta facilidad á los veinte años! Es lo que nunca jamás volveré yo á hacer, lo que antaño hice tan á menudo.

¡Antaño! siempre suena mal esta palabra, ¡y cuántas veces la pronunciamos en nuestra vida! Es la palabra de la añoranza, la compañera del recuerdo; es la palabra de lo pasado, esa mitad de nuestra existencia que devora la otra mitad día tras día hasta absorberla completamente.

—¡Antaño! antaño era yo joven y hermosa, y celebrada y deseada—dice la vejez.

—Antaño era yo rico y poderoso, y tenía cortesanos y amigos—dice el ambicioso burlado,

—Antaño me querían—dice el amor que se escapa.

—Antaño me hallaba en la miseria, y vendía mi tiempo y mis pesares—dice el medrado;—hoy vendo mi conciencia y compro la de los demás.

Y por el estilo me sería fácil continuar indefinidamente; pero precisa llegar al *antaño* mío, por el pronto el más necesario; los incluye á todos, excepto que nunca he vendido nada, y he comprado muy poco por falta de recursos. Sé mucho, y mi *antaño* es vastísimo. He visto á la corte sin formar parte de ella, lo cual me coloca en buena posición para juzgarla imparcialmente; he visto á las personas más significadas de la ciudad, y sobre todo he visto y conozco mejor que nadie, al corro de charlatanes, al núcleo de cultilocuentes que dirigen el siglo, y, á mi entender, lo llevan derechamente á su perdición. Esos filósofos que quieren fundar escuela, y analizan aún lo que ignoran, me inspiran muy poca simpatía, lo cual hace que pueda juzgarlos sin ofuscaciones, y pintarlos como son. Hanse revestido de un manto severo, y sin embargo variable, cuya rica tela tornasola: según los rayos del sol den de lleno en él ó se alejen, muda de color. Ya mostraré su forro, por cierto lo más raro. ¡Cuántos andrajos encubren aquellos oropes!

Quedamos, pues, en que escribiré mi vida, que retrocederé setenta y tres años. Nada teman Vds., todavía no chocheo, y tengo una memoria felicísima; todo lo recuerdo por menudo, y, ahora que he empezado, creo que el señor Walpole tiene razón al decirme que esos recuerdos me proporcionarán un bienestar inefable.

La pérdida de mis ojos me ha dejado algunas ilusiones; en mi eterna noche, se me aparecen todavía las visiones de mi juventud casi tan brillantes como *antaño*... Y vuelta con el vocablo... Pero no abomi-

nemos de él, pues volverá á presentarse con harta frecuencia.

Para mí mis amigos no son viejos, y yo para ellos soy sempiterna, y no puede menos de ser así, pues soy *horrorosamente* vieja para mí, al modo de Mascarilla. Hace demasiado tiempo que duro, y apostara yo que á ellos les pesa que todavía dure.

Siguiendo el consejo de Voltaire, que recomienda poner en escena á los personajes, digamos ante todo quién es mi secretario.

Comúnmente dicto á Viard, mi antiguo y fiel ayuda de cámara. El es quien escribe mis cartas; mas, para estas Memorias, no me serviré de él, pues me haría muchas observaciones sobre aquellos viejos, á quienes conoció, y yo quizás cedería á sus observaciones. A unos los protege, á otros no los mira con buenos ojos, y yo quiero obrar con independencia, sin que nadie influya en mi ánimo, y respecto del particular estoy tranquila con la señorita de Saint-Venant, la cual es una jovencita muy guapa, muy des-pabilada y sumamente graciosa, algo parienta mía, que me la enviaron de provincias para que viviese á mi lado y hallase marido á poca costa. Veremos de atraparle. Sólo hace quince días que mi joven parienta está en mi casa, lo que equivale á decir que le enseño el hebreo.

— No la sonrojen á V. mis cumplimientos, señorita; no olvide V. que soy yo quien hablo, y no me cercene V. mis pensamientos.

— No me ruborizo, señora, cuanto más que no hay para qué avergonzarme de no tener otro dote que las cualidades enunciadas por la indulgencia de V. Respecto del marido, ya vendrá, si á Dios le place. En tanto que dirijo la palabra al lector, le pido licencia para añadir que á menudo le diré cosas que no me dictará la señora marquesa; escribiré sus Memorias

en la margen, porque ¡se le escapan tantos pequeños acontecimientos, con su ceguera, y es ella en sí un acontecimiento tan notable! La buena señora merece que hagan para ella lo que ella hace para los demás... — Me detengo: habla la señora marquesa.

— ¿Está V., hija mía?

— Sí, señora.

— Pues continúe V., y deje de jugar con Tutú. (Ya diré á Vds. quién es Tutú.)

— Continúo, pues la señora dicta.

Ahora que conocen Vds. á mi secretario, empecemos:

Poco diré respecto de mi infancia: esta edad sólo es interesante para las madres y las nodrizas. Con todo, tócame decir que nací el 1.º de Agosto de 1697, en tiempo del gran rey, tres años después de Voltaire, y uno después de Richelieu; que me llamo María de Chamrond, y que mi padre, el conde de Vichy Chamrond (y no *Chamrouá*, como muchos escriben aún en vida mía), era un buen hidalgo de Borgoña, donde hay muchos bonísimos. Figuraba entre los más encumbrados próceres de la provincia, en su fundo de Chamrond, donde recibía á muchos nobles, que allí se divertían grandemente, lo cual ha variado después por manera indecible.

Mi madre, bondadosa y agradable, adolecía de un defecto: la carencia de energía; defecto terrible para sí y para los demás, pues aniquila cualidades excelentes, é incapacita de hacer bien, por mucho que uno anhele hacerlo, y autoriza la ejecución del mal, que tanto más nos arranca lágrimas cuanto más nos faltan fuerzas para impedirlo.

Por mi madre estaba yo emparentada con la familia Choiseul, lo cual originó mi amistad con el ministro y su dignísima esposa, de la que tendré

repetidas ocasiones de hablar, pero más adelante, pues acabo de nacer.

Tuve una hermana y dos hermanos, uno de ellos mayor que yo y más joven el otro; mi hermana tenía más edad, y durante mi vida me he relacionado poquísimo con ella: no congeniábamos.

Pasé mis primeros años en Chamrond, muy mimada, pues aparte de que era una nena hermosísima, me tenían por avispada.

No me acuerdo claramente de todo eso, pues pasaba poco tiempo con mis padres. Permittiánnos jugar en grandes prados, donde podíamos correr y revolcarnos á nuestro antojo, gracias á ser mi padre partidario acérrimo de la libertad de acción de la infancia. Los verdes y floridos prados de Chamrond son uno de los espejismos de antaño que más me acosan. Mientras he visto otros verdores y he aspirado otros aromas, los he olvidado; pero ahora que me envuelven perdurables tinieblas, los veo en mi imaginación tan frescos y hermosos como en aquellos días de inocencia en que se abría un porvenir tan dilatado y tan suave. Aquel porvenir ha realizado una de sus promesas; pero la más cruel para mí. Mis hermanos y mi hermana recibieron una primera enseñanza menos que mediana, á pesar de haberse encargado de ella dos sacerdotes y una como aya; en cuanto á mí, como deseaban verme monja, destináronme á un convento y resolvieron enviarme á él á la primera coyuntura.

Mi padre, que, con no ser devoto y someterse penosamente á las exigencias del último reinado, con nocía en París á varias personas devotas, iba bastante frecuencia á Versalles á hacer la corte, subía, en uso de su derecho, á las carrozas de Su Majestad, y se volvía á Chamrond, de donde su madre nunca salía.

Teníamos una tía llamada como yo, señorita de Chamrond, soltera la más interesante que en mi vida he conocido. No se había casado, primeramente por no haber hallado muchos novios, luego porque no los buscaba. Quisieron hacerla canonesa, y se opuso, prefiriendo conservar su libertad y no separarse de su hermano, de quien era en cierto modo apasionada.

La señorita de Chamrond, horrorosamente jorobada, pero de rostro hermosísimo y ojos divinos, tenía una inteligencia privilegiada, y escribía casi tan bien como la señora de Sevigné, por más que diga el señor Walpole, adorador apasionado de aquella á quien él apellida Nuestra Señora de Livry. Como el señor Walpole hubiese conocido á la divina marquesa, no sé lo que hubiera sido de ella; pero de seguro que habría atacado su inquebrantable virtud.

Mi tía, pues, no era la señora de Sevigné; la conoció, sí, y conservó una correspondencia bastante activa con Bussy-Rabutin, que, como aquélla, era de nuestra provincia.

La señora de Sevigné murió en el año en que yo nací, y su primo dos ó tres años antes que ella.

Mi tía me habló á menudo de tal primo, el cual conservaba, en su vejez, el andar arrogante, los bigotes atusados, el lenguaje impertinente y modales de capitán español, que provocaban á risa á la juventud. Con todo eso, la gente de edad lo tenía en mucho; conservaba recuerdos de más de un género, los contaba bien, y su conversación era sumamente agradable, si se prescindía de la jactancia con que se explicaba, gracias á la buena opinión que de sí tenía.

Su hija, la señora de la Riviere, era muy conocida por sus aventuras, y malas lenguas decían que su padre estaba enamorado y celoso de ella.

No sé si esto es cierto; mi tía lo negaba en abso-

luto, y no consentía que se sacase esto á colación delante de ella. Y es que mi tía, además de su amistad y de su comercio de ideas con el señor de Rabutin, tenía otra razón para estar apegada á aquella familia.

A pesar de la joroba,
la mujer siempre es mujer.

Desde la edad de diez y ocho años, mi tía alimentaba una pasión novelesca por un gallardo conde, el de Toulongeón, primo de Bussy; una de esas pasiones que sólo figuran en los libros, y que suelen tener un triste desenlace.

El conde y mi tía se veían á menudo, como vecinos y aliados que eran, y aquél, también muy joven, olvidó la joroba para sólo ver la cara, la sutil inteligencia y el suavísimo carácter de mi tía, de la que se enamoró hasta el punto de querer casar con ella.

Pero la señorita de Chamrond, que no era mujer al uso, sino que sustentaba las exageradas ideas de un alma piadosa y sensible hasta la exaltación, se opuso obstinadamente á casarse, por dolorosa que fuese para ambos la negativa.

En vano rogó el conde, en vano llamó á sus parientes y á sus amigos para que por él intercediesen; mi tía se mantuvo inflexible.

— Una doncella como yo—decía mi tía,—no se casa para perpetuar en una estirpe una deformidad física tan triste como la mía, para ser un objeto ridículo á los ojos de todos y hacer partícipe de la ridiculidad al hombre de quien ostenta el apellido; al contrario, cuanto más caro éste le es, más empeño ha de tener aquélla en no imponerle semejante borrón. Cierto que amo al conde, y que el causarle tal dolor me hace la mujer más desventurada del

mundo; pero no cabe otro recurso. Peor para mí si mi corazón es un necio, pues con el pecado llevará la penitencia.

— Pero, señorita—le decían,—esa tenacidad será causa de la desventura de ambos.

— Seremos desventurados, es indudable—contestaba mi tía;—pero la desventura tendrá fin tarde ó temprano. El conde hallará fácilmente más de lo que pierde, y se consolará. En cuanto á mí, lo amaré toda mi vida, y esto bastará á mi dicha. Me ocuparé en él, y su felicidad hará la mía, lo cual será mucho más que si yo por mí fuese dichosa.

— ¿No ve V. que él la adora, y que nada arriesga V. en escucharlo?

— Ya sé que no es hombre para avergonzarse de su mujer; pero también sé que fácilmente dejaría de amarme ó lo apesadumbraría mi estado si continuase amándome; ea, basta, no me hablen Vds. de eso.

No pudiendo ser mujer, mi tía se hizo ángel, y consagró su vida á la dicha de los demás.

Mi tía nos quería á todos y nos trataba mejor que mi madre, con ser ésta más buena que el pan; cuidaba de los pobres, con quienes compartía su fortuna, visitaba á los enfermos, rogaba á Dios sin ostentación, y su indulgencia no conocía límites. Sus relaciones con el conde de Toulongeón no cesaron de ser íntimas y benévolas, tanto, que al casarse éste, ella asistió á su boda, y visitó con frecuencia á la condesa y á sus hijos, sin que nunca ocultase á nadie el afecto que por el conde conservaba, tan inocente era tal efecto.

Todos en nuestra tierra veneraban á mi tía como á una santa, lo cual la hacía aún más modesta.

Cuando hube cumplido seis años, aquella buena tía fué la que me condujo á Paris, al convento de la

Magdalena del Traisnel, donde decían que me educarían, á fin de tantear mi vocación. La señorita de Chamrond no era de parecer que me encerrasen; pero mi padre era absoluto, y la única manera de hacerlo volver de su acuerdo consistía en ceder desde luego á su voluntad. Seguí, pues, el camino que mi padre me había trazado, hasta que pude buscar otro á mi gusto.

II

Al llegar la señorita de Chamrond y yo á París; fuimos á visitar á nuestros parientes en la corte, lo cual me impresionó grandemente. Vimos á la duquesa de Luynes, á los Choiseul, y á otros muchos que no cito para abreviar y porque ya nada me importa de ellos.

La magnificencia y las costumbres de Versalles me causaron un efecto extraordinario; dime á entender que una buena hada, que era mi querida tía, me había transportado á un lugar desconocido donde únicamente veía príncipes y princesas á cual más gallardo, cubiertos de oro y diamantes, y dispuestos á colmarme de favores.

Con suma frecuencia me forjaba las más estupendas ilusiones. No permitiré que, hasta después de mi muerte, lea esto el señor Walpole: acusándome éste, como me acusa, de que á setenta y seis años soy novelesca, podrá sacar de eso un argumento no flaco, que me guardaré muy bien de proporcionárselo.

Efectivamente, en mi infancia era yo muy novelesca; pero no en mi juventud, gracias á la Regencia: todo en aquel entonces consistía en actos, y no en di-

vagaciones; pero hasta mi salida del convento no hice más que levantar castillos en el aire. Cuentos de hadas al principio, fueron después maravillosas historias místicas, y finalmente historias de amor, antes de saber, por decirlo así, que el amor existía.

Tócame añadir que aquel tiempo de ensueños y de ilusiones fué el más dichoso de mi vida. Después he visto demasiadas cosas excesivamente reales para no disgustarme de los hombres, y entiéndase por hombres la especie, hombres y mujeres, que en valer son iguales; y esto lo digo hoy que, por no tener ya sexo, puedo juzgar imparcialmente. Aparte de un reducido número de amigos predilectos, entre otros muchos que me son indiferentes, ¿qué consideraciones he de guardar á un mundo que para siempre jamás ya no puedo ver?

Pasamos quince días paseándonos. Mostráronme en la galería al rey Luis XIV al dirigirse éste á misa. Aun me parece estar viéndolo: no estaba cascado, como lo estuvo más adelante; llevaba erguida la cabeza y vestía con suma sencillez.

Luis XIV puso en mí los ojos, y como yo era hermosa é iba muy bien engalanada, que es lo que debió de llamarle la atención, preguntó cuál era mi nombre, y luego que se lo hubieron dicho, me hizo una pequeña señal, á la que mi tía me incitó á corresponder con una gran reverencia.

Pasó el rey, y vi también á los príncipes y á las princesas, de quienes ya no me acuerdo, y á madama de Maintenón, de la cual no me olvidaré en mi vida. Su mirada me heló y me atravesó como una estocada. Los Luynes me presentaron á ella, que me recibió bien, pero con ese frío de devota sin pasión que á nada puede compararse.

Siempre he deseado ser devota, pero no de esta especie. Esas devotas por cálculo y por sistema, que

aman á Dios de toda su alma, pero no de todo su corazón, son para mí seres aparte á los cuales no me decido á reconocer la misma especie que los demás. En mi vida he encontrado á muchos, pero no de tal omnipotencia.

Madama de Maintenón era mujer excepcional á quien nunca se hará bastante justicia, por más que no sea simpática. Desde el punto de vista del egoísmo tenía miras tales y tan amplias como el primer político de Europa, y gobernó el reino durante muchos años, no de un modo irreprochable, pero sí uniforme; lo que es más extraordinario que uno imagina. Los que se trazan un plan y no se desvían de él, no son tan comunes para que pasemos por su lado y los olvidemos.

Después de mis visitas y de mis paseos, mi tía me puso nuevamente en manos de mis monjas, y despidióse de mí sollozando y decidiéndose á duras penas á salir de la calle de Charonne.

Mi tía había obtenido autorización para pasar dos días en un aposento de la Magdalena, para *acostumbrarme*. No era necesaria tal precaución: en él me encontré bien desde luego.

Aquella casa era sumamente agradable y estaba bien reputada. Hasta después, bajo la Regencia, no perdió su crédito, á causa de las intimidaciones del señor de Argensón.

Voltaire estuvo acertado al decir que el regente todo lo había corrompido, en Francia, pues hasta depravó la Magdalena del Traisnel.

La madre abadesa, persona de mucha consideración, si no aristócrata, simpatizó conmigo, y también dos ó tres monjas, una de las cuales, sor María de los Angeles, un prodigio de hermosura, se empeñó en hacerme dormir en su celda, lo que despertó los celos de mis compañeras, envidiosas de mi dicha.

Me cuidaron, me mimaron, y me dieron mil golosinas, sin contar las delicadas comidas y los buenos bocados de volatería y caza de que las monjas no se privan. Y hay que perdonarles los placeres inocentes para evitar que busquen los otros.

Aquel régimen era para mí suavísimo. Mis hermosos vestidos blancos me gustaban, y los de las monjas, mayormente su hábito de coro, eran también preciosos.

La huerta estaba cuajada de las más lindas flores y de la más hermosa fruta que se pueden ver, y las monjas me permitían coger cuanta fruta y cuantas flores se me antojaban.

También había locutorio en el convento, y en él y de once á cinco celebrábase reunión, á la que concurrían muchas damas y muchos caballeros.

La señora abadesa, amabilísima y citada por su conversación, recibía en su locutorio particular, sin rejas y á todas horas, sin excluir las de la noche; pero las pensionistas no iban á él sino por favor especial, y nunca menores de diez y seis ó diez y siete años.

El locutorio de las monjas ofrecía el aspecto común á todos los conventos, y estaba dividido en dos por una reja, tras la cual se colocaban aquéllas y las niñas á ellas confiadas. Nosotras de vez en cuando podíamos franquear la reja; pero nuestras maestras, no. Al otro lado se veían damas engalanadas, jóvenes bulliciosos, militares, clérigos, señores, y tal vez algún hacendista, muy pocos, pues no eran compañía bastante distinguida. Todos charlaban, coqueteaban como en Trianón ó en el Palacio Real; reían á carcajadas, contaban anécdotas, leían versos. La reja no era obstáculo: suprimíanla, si no de hecho, con la intención. Más de una vez oí decir al marqués de la Fare, que desde que la corte se había hecho devota, no se conversaba sino en los locutorios de los conventos.

En los rincones y de cara á las ventanillas cuchicheaban jóvenes monjas y jóvenes damas, y también de cuando en cuando jóvenes señores, que, no pudiendo coger la presa, corrían tras la sombra.

Acá y allá devoraban dulces y pasteles de azahar, de que la Magdalena tenía fama, y en todas partes reinaba la alegría y el buen humor; allí no se derramaba ni una lágrima, ni se vertía una palabra de pesar. Las inquietudes, si las había, las tocas y la clausura las disimulaban. Aquella vida de retiro embellecida de distracciones mundanas, se deslizaba como un arroyo entre dos márgenes cuajadas de flores de las que no se ven las espinas y sólo se respira la fragancia.

Querría yo ahora ser monja y tener veinte años. A esta edad se forma en el alma y en la existencia una mezcolanza de los enredos de la vida y de los chismes del convento que, tomando de ambos lo mejor, está llena de hechizos. Más adelante, las ideas se modifican, la balanza se inclina, el tedio se encona, y la devoción más ferviente pasa á ser una costumbre; se murmuran oraciones, y los dedos recorren las cuentas del rosario, pero acabáronse los éxtasis; una contempla á su confesor, borda *agnus* para él, le prepara conservas, pero ya no va á orar sola á la sombra de los castaños y á pasar largas horas arrodillada en la capilla para vivir entre los santos del paraíso y no entre los hombres. Las ancianas acuden todavía al locutorio; pero no ya con la conciencia tranquila y sin zozobra, los gozos reprimidos, las esperanzas vislumbradas, más suaves que las realidades positivas; sí, todavía acuden á él, y piden noticias del gobierno, de los ministros, ó bien de la nueva moda ó de las galantes intrigas de la corte; en suma, las monjas viejas on dos veces tales, en tanto que las jóvenes son dos veces jóvenes, por la edad y por los ensueños

y las ilusiones que alientan respecto á lo que pasa fuera del convento. Sólo ven el lado hermoso de las cosas; no sospechan, como yo con frecuencia lo repito, que la libertad que tanto en sus días de mal humor apetece, está henchida de pesadumbres.

En cuanto á las austeridades, á los ayunos, á los castigos rigurosos, á los *in pace* de que los filósofos hacen tantos espavientos, no vi el menor vestigio.

La Monja, de Diderot, es una absurda novela de nuestro tiempo. En la Edad media, bajo el régimen de la intolerancia, quizá se cometieron excesos por el estilo; pero garantizo que desde un siglo acá, á lo menos, los claustros están puros de tales abominaciones. Créanme, cuanto más que no soy devota, como todos saben.

Sor María de los Angeles era la más complaciente, la más risueña é indulgente de las mujeres, como también la más hermosa. Cual florida primavera, irradiaba en torno de ella mil aromas embriagadores; era un rayo de sol que alegraba todos los lugares por donde pasaba, como la pastora de la Fontaine.

Nunca he visto á ninguna mujer que anduviese y se moviese con tanto garbo y tanta elegancia como sor María; la cual era una noble del Poitou, llamada señorita de la Jouseliere, que había profesado para que su hermano, á quien querían hacer abrazar la carrera de las armas, para la que mostraba felicisimas disposiciones, pudiese disfrutar por entero una pequeña herencia á ella perteneciente.

Sor María de los Angeles quería con ternura inefable á su hermano, y oírle hablar de él era un encanto. Si alguien la compadecía al verla á su edad, modelo de talento y de hermosura, sepultada en aquella abadía, contestaba con angelical sonrisa:

—¿A qué llama V. sepultada? No lo estoy ni por pesamiento, sino viva y bien viva; he hecho como

nuestra patrona Magdalena, he escogido la parte mejor. Mi hermano tiene ya en el ejército un empleo importante, y hará carrera. Gracias á lo que V. llama mi sacrificio, he podido alcanzar esta dicha. Si no comprende V. eso, es porque ignora V. cuánto se quieren mutuamente dos huérfanos. No teníamos que hacer sino querernos, y puse por intermediario de esta ternura á Dios, que en nada la aminorará.

¡Ay! la pobre doncella perdió su hermano en Denain, donde cayó gloriosamente sobre un montón de enemigos á los cuales él diera muerte.

El mariscal Villars lo hizo amortajar en una bandera cogida por el joven al enemigo, y lo mencionó en la orden del día. María de los Angeles se volvió definitivamente devota y no cesó de llorar al pie de los altares á aquel héroe, á quien sobrevivió poco. Hasta su postrer suspiro vi á María de los Angeles, y sé decir que su muerte dejó en mi corazón un vacío eterno.

En la Magdalena éramos dichosísimas; pero también muy ignorantes; no nos enseñaban sino leer, escribir, un poco, poquísimo, de historia, las cuatro reglas elementales, algo de labores, mucho rezar, y nada más, lo cual no era á propósito para hacernos sabias ni cultielocuentes.

Por lo que á mí se refiere, á la sazón me placía grandemente la pereza, tanto cuanto ahora me parece amarga, pues mil veces he conocido la deficiencia de aquella educación.

Esta gran ventaja que sobre nosotras tienen los hombres, es injusta. Cuando llegamos á la superioridad, burlanse de nosotras; cuando nos quedamos entre las del montón, nos desprecian, y nos quitan el modo de llegar á término.

Si las mujeres, aun las citadas con elogio, no han pasado á menudo de medianías, es porque han gastado sus alientos y su poderío en vencer los obstáculos

de que está sembrado su camino. Doquiera he encontrado gran número de ellos, y aun en la actualidad los encuentro en lo más trivial. Un hombre maduro no pasaría los malos ratos que yo paso.

No me entretendré en referir los incidentes de mi vida de colegiala: son poco interesantes, excepto uno que probablemente contaré mañana, con no serme personal, ó quizá por esto. Es el primer paso de una persona de quien más adelante tendré que hablar en otros términos. Esto demuestra una vez más cuánto importa no desordenar lo que Dios nos da, por sernos imposible igualarlo en sus obras.

Sor María de los Angeles tenía en su celda un Niño. Jesús de cera, rodeado de flores de talco, muy primorosamente vestido á la antigua española.

Una de mis compañeras y yo descubrimos que aquella imagen, de la cual sor María de los Angeles y las demás monjas eran devotísimas, no era sino una muñeca que representaba á la reina Ana de Austria, cuando vino á Francia para casar con Luis XIII.

Habían enviado aquella muñeca para dar una idea del traje español, y para saber si convendría adoptarlo para las damas en las bodas del monarca.

Aquella imagen estaba bien hecha, y era debida á un sevillano que en este punto no tenía rival. El cardenal Richelieu la donó á una su parienta, priora de la Magdalena del Traisnel, la cual la convirtió inmediatamente en Niño Jesús poniéndole una cruz en la mano.

Esta historia la encontramos escrita en un vistoso papel amarillo, ajado y cuidadosamente escondido en la gruta de conchas y caracolillos donde el Niño Jesús estaba colocado.

Las muchachas todo lo huronean.

Divulgamos nuestro hallazgo sin parar mientes

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
"CA UNIVERSITARIA
"ENSO REYES"
MONTERREY MEXICO

en sí heríamos creencias ó despertábamos suspicacias, y con mal acuerdo nos regañaron, pues en nosotras no había malicia.

He contado este incidente, porque influyó mucho sobre el resto de mi estancia en el convento, y aun sobre el resto de mi existencia. Permita Dios que no influya en mi salvación eterna. Es lo que probablemente sabré dentro de poco.

III

He prometido una historia, y voy á contarla. Levantó gran polvareda en su tiempo, y sin embargo, pocos son los que hoy se acuerdan de ella. Los actores murieron, los hijos de éstos viven dichosos en medio de las riquezas, que es decir que están muy lejos de ellos los infortunios de sus padres.

Yo, que he dejado de presenciar lo que pasa, veo constantemente lo pasado; medito sobre mis recuerdos, y nunca agradeceré lo bastante al señor Walpole el haberme imbuido la idea de darlos á conocer. Es para mí gratisimo pasatiempo.

Entre mis condiscípulas figuraban las señoritas de Roquelaure, hijas de la duquesa de Roquelaure, amada de Luis XIV por espacio de algunos meses; riquísimas herederas, pero feas como ellas solas, máxime la mayor, que, además, era jorobada. Tenían aquéllas una aya llamada Peulier, la cual pasaba su vida haciendo una especie de dulces de melote y no sé qué otra porquería. Interin, sus discípulas corrteaban con nosotras, inventando y ejecutando mil travesuras, con escándalo de las monjas, y sin que la señora Paulier hiciese el más leve caso.

Yo estaba á partir un piñón con la mayor de las Roquelaure, talentosa y divertida en grado sumo. Juntas nos reíamos continuamente.

Mi amiga me llevaba consigo á casa de su madre, y también á casa de la Vieuville, amiga íntima de la duquesa, que la hacía salir á menudo; sólo á ella le permitían eso.

Cierto día, desde el locutorio y en hora insólita, enviaron por la señorita de Roquelaure, que pasó allí largo tiempo, y regresó hecha un ascua y conmovida hasta el punto de no oír lo que en torno de ella decían. Yo fui la primera en notarlo; por otra parte, ella me buscaba con los ojos, y me hizo disimuladamente una señal para que saliésemos de la clase, á lo que deferí.

— ¡Ah! mi buena amiga—me dijo la señorita de Roquelaure cuando estuvimos solas,—me ocurren grandes novedades.

— ¿Qué pasa?

— Me casan.

— ¿Con quién?

— Con el príncipe de León, hijo de los duques de Rohán, y sobrino de la señora de Subisa.

— ¿Está V. contenta? Ha de estarlo V.

— Realmente lo estoy. Acabo de ver al príncipe, y me gusta.

— ¿Es apuesto, guapo?

— Ni guapo ni apuesto, pero me gusta. Tiene talento y parece que yo le plazco.

— Miel sobre hojuelas.

— Está rico, y yo también lo estoy. Tendremos la casa montada á lo grande. Ya irá V. á verme. Casaré á V. con algún señor. Será V. dichosa, todos lo seremos.

— ¡Ay! ojalá; pero no creo en la dicha.

Mi amiga empezó entonces á cantarme, en todos